

I



ENTRE pardos nubarrones  
Pasando la blanca luna  
Con resplandor fugitivo  
La baja tierra no alumbra.  
La brisa con frescas alas  
Juguetona no murmura,  
Y las veletas no giran  
Entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
La opaca atmósfera cruza,  
Y unas en otras las sombras  
Confundidas se dibujan.



Las almenas de las torres  
Un momento se columbran  
Como lanzas de soldados  
Apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
La trémula llama turbia,  
Y un instante entre las rocas  
Riela la fuente oculta.  
Los álamos de la vega  
Parecen en espesura  
De fantasmas apiñados  
Medrosa y gigante turba;  
Y alguna vez desprendida  
Gotea pesada lluvia,  
Que no despierta á quien duerme,  
Ni á quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
Entre la sombra confusa,  
Y el Tajo á sus pies pasando  
Con pardas ondas la arrulla.  
El monótono murmullo  
Sonar perdido se escucha  
Cual si por las hondas calles  
Hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
Cuando á lo lejos susurran  
Los álamos que se mecen,  
Las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
Que el sueño del triste endulzan,  
Y en tanto que sueña el triste  
No le aqueja su amargura.



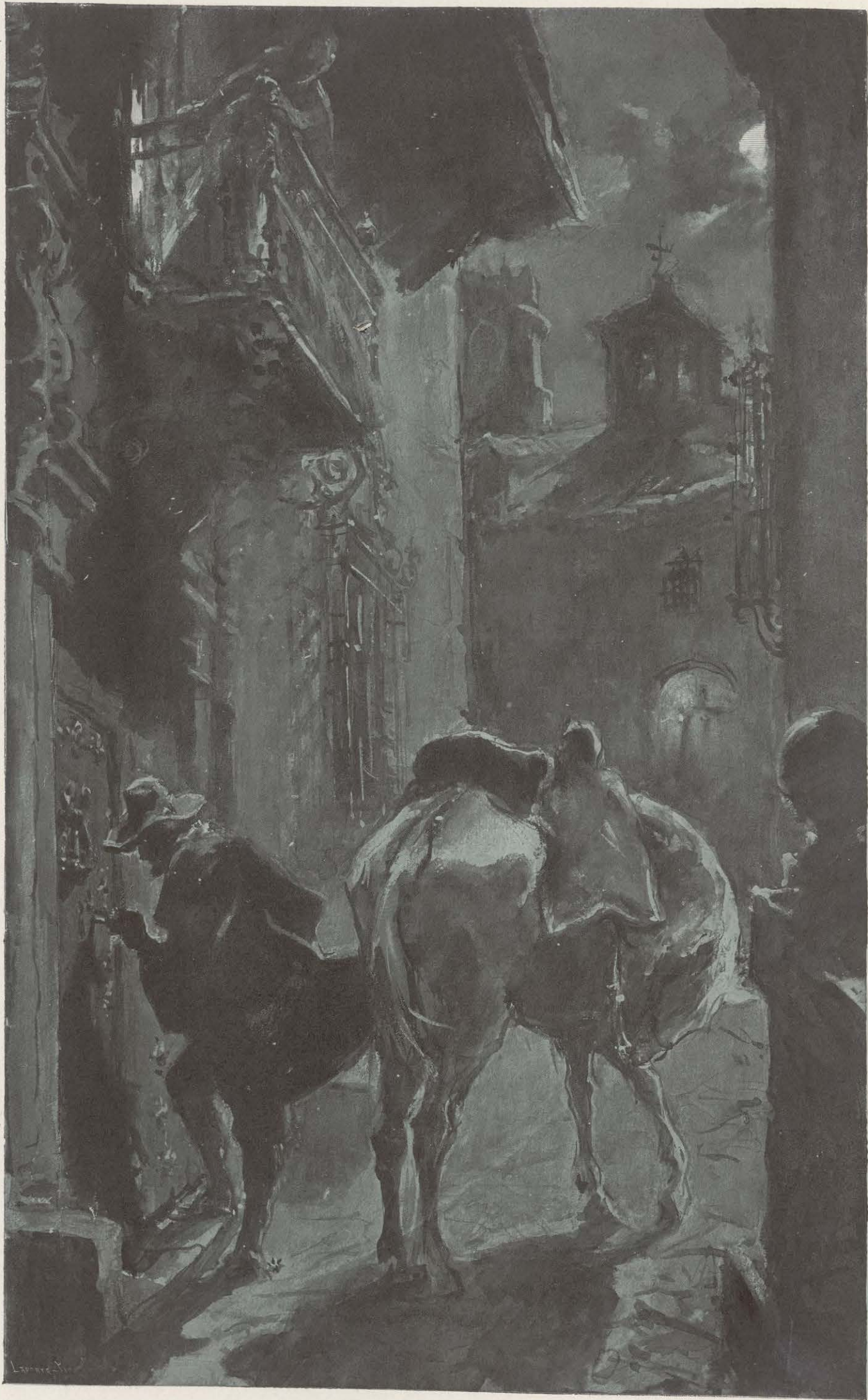
Tan en calma y tan sombría  
Como la noche que enluta  
La esquina en que desemboca  
Una callejuela oculta,  
Se ve de un hombre que aguarda  
La vigilante figura,  
Y tan á la sombra vela  
Que entre la sombra se ofusca.  
Frente por frente á sus ojos  
Un balcón á poca altura  
Deja escapar por los vidrios  
La luz que dentro le alumbra;  
Mas ni en el claro aposento  
Ni en la callejuela obscura  
El silencio de la noche  
Rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo  
Que pudiera haberse duda  
De si es hombre, ó solamente  
Mentida ilusión nocturna;  
Pero es hombre, y bien se ve,  
Porque con planta segura  
Ganando el centro á la calle  
Resuelto y audaz pregunta  
«¿Quién va?» y á corta distancia  
El igual compás se escucha  
De un caballo que sacude  
Las sonoras herraduras.  
«¿Quién va?» repite, y cercana  
Otra voz menos robusta  
Responde: «Un hidalgo; ¡calle!»  
Y el paso el bruto apresura.



—Téngase el hidalgo,—el hombre  
Replica, y la espada empuña.  
—Ved más bien si me haréis calle—  
Repusieron con mesura,—  
Que hasta hoy á nadie se tuvo  
Ibán de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña, y perdone—  
Dijo el mozo en faz de fuga,  
Pues teniéndose el embozo  
Sopla un silbato, y se oculta.  
Paró el jinete á una puerta,  
Y con precaución difusa  
Salió una niña al balcón  
Que llama interior alumbra.  
«¡Mi padre!» clamó en voz baja;  
Y el viejo en la cerradura  
Metió la llave, pidiendo  
Á sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas bridas  
Tomó la cabalgadura,  
Cerróse detrás la puerta  
Y quedó la calle muda.  
En esto desde el balcón,  
Como quien tal acostumbra,  
Un mancebo por las rejas  
De la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
Hizo cara á Ibán de Acuña,  
Y huyeron, en el embozo  
Velando la catadura.

---





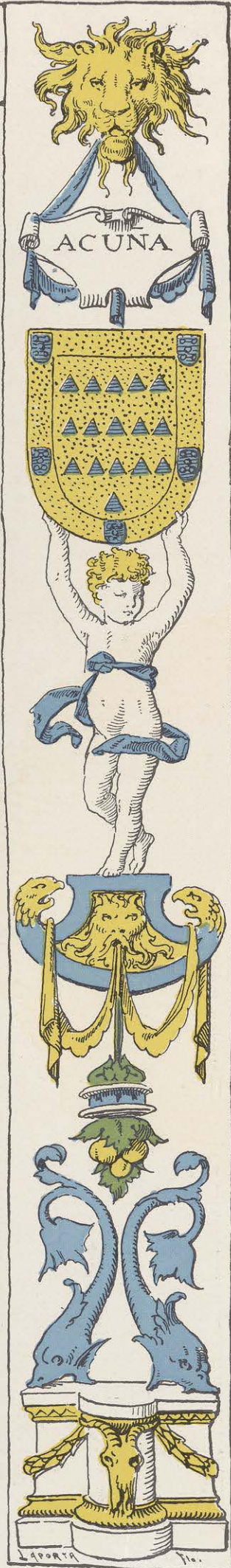
Salió una niña al balcón  
Que llama interior alumbra.  
«¡Mi padre!» clamó en voz baja;  
Y el viejo en la cerradura  
Metió la llave, pidiendo  
Á sus gentes que le acudan.

*(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)*









— Téngase el hidalgo, — el hombre  
 Replica, y la espada empuña.  
 — Ved más bien si me haréis calle —  
 Repusieron con mesura, —  
 Que hasta hoy á nadie se tuvo,  
 Ibán de Vargas y Acuña.

(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)









En esto desde el balcón,  
Como quien tal acostumbra,  
Un mancebo por las rejas  
De la calle se asegura.

*(A buen juez mejor testigo, pág. 190.)*









## II

Clara, apacible y serena  
Pasa la siguiente tarde,  
Y el sol tocando á su ocaso  
Apaga su luz gigante:  
Se ve la imperial Toledo  
Dorada por los remates  
Como una ciudad de grana  
Coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
Sus anchos cimientos lame,  
Dibujando en las arenas  
Las ondas con que las bate.



Y la ciudad se retrata  
En las ondas desiguales,  
Como en prendas de que el río  
Tan afanosa la bañe.  
Á lo lejos en la vega  
Tiende galán por sus márgenes  
De sus álamos y huertos  
El pintoresco ropaje;  
Y porque su altiva gala  
Más á los ojos halague,  
La salpica con escombros  
De castillos y de alcázares.  
Un recuerdo es cada piedra  
Que toda una historia vale,  
Cada colina un secreto  
De príncipes ó galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
Por quien dejó un rey culpable  
Amor, fama, reino y vida  
En manos de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
Á su receloso amante,  
En esa cuesta que entonces  
Era un plantel de azahares.  
Allá por aquella torre  
Que hicieron puerta los árabes  
Subió el Cid sobre *Babiaca*  
Con su gente y su estandarte.  
Más lejos se ve el castillo  
De San Servando, ó Cervantes,  
Donde nada se hizo nunca  
Y nada al presente se hace.



Á este lado está la almena  
Por do sacó vigilante  
El conde Don Peranzules  
Al Rey, que supo una tarde  
Fingir tan tenaz modorra  
Que, político y constante,  
Tuvo siempre el brazo quedo  
Las palmas al horadarle.  
Allí está el circo romano,  
Gran cifra de un pueblo grande;  
Y aquí la antigua basílica  
De bizantinos pilares,  
Que oyó en el primer concilio  
Las palabras de los Padres  
Que velaron por la Iglesia  
Perseguida ó vacilante.  
La sombra en este momento  
Tiende sus turbios cendales  
Por todas esas memorias  
De las pasadas edades,  
Y del Cambrón y Visagra  
Los caminos desiguales  
Camino á los toledanos  
Hacia las murallas abren.  
Los labradores se acercan  
Al fuego de sus hogares,  
Cargados con sus aperos,  
Cansados de sus afanes.  
Los ricos y sedentarios  
Se tornan con paso grave,  
Calado el ancho sombrero,  
Abrochados los gabanes;



Y los clérigos y monjes  
Y los prelados y abades  
Sacudiendo el leve polvo  
De capelos y sayales.  
Quédase solo un mancebo  
De impetuosos ademanes  
Que se pasea ocultando  
Entre la capa el semblante.  
Los que pasan le contemplan  
Con decisión de evitarle,  
Y él contempla á los que pasan  
Como si á alguien aguardase.  
Los tímidos aceleran  
Los pasos al divisarle,  
Cual temiendo de seguro  
Que les proponga un combate;  
Y los valientes le miran  
Cual si sintieran dejarle  
Sin que libres sus estoques  
En riña sonora dancen.  
Una mujer, también sola,  
Se viene el llano adelante,  
La luz del rostro escondida  
En tocas y tafetanes.  
Mas en lo leve del paso  
Y en lo flexible del talle  
Puede á través de los velos  
Una hermosa adivinarse.  
Vase derecha al que aguarda,  
Y él al encuentro la sale,  
Diciendo... cuanto se dicen  
En las citas los amantes.



Mas ella, galanterías  
Dejando severa aparte,  
Así al mancebo interrumpe  
En voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,  
Diego Martínez; mi padre,  
Que un hombre ha entrado en su ausencia  
Dentro mi aposento sabe;  
Y así quien mancha mi honra  
Con la suya me la lave:  
Ó dadme mano de esposo,  
Ó libre de vos dejadme.—

Miróla Diego Martínez  
Atentamente un instante,  
Y echando á un lado el embozo,  
Repuso palabras tales:

—Dentro de un mes, Inés mía,  
Parto á la guerra de Flandes;  
Al año estaré de vuelta  
Y contigo en los altares.

Honra que yo te desluzca  
Con honra mía se lave,  
Que por honra vuelven honra  
Hidalgos que en honra nacen.

—Júralo—exclamó la niña.

—Más que mi palabra vale  
No te valdrá un juramento.

—Diego, la palabra es aire.

—¡Vive Dios que estás tenaz!

Dalo por jurado, y baste.

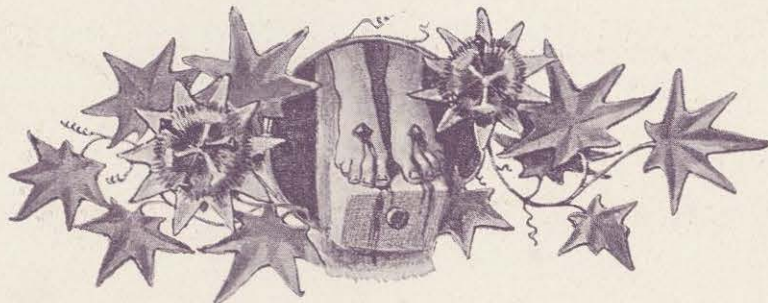
—No me basta, que olvidar



Puedes la palabra en Flandes.  
—¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?  
—Que á los pies de aquella imagen  
Lo jures como cristiano  
Del santo CRISTO delante.—  
Vaciló un punto Martínez,  
Mas, porfiando que jurase,  
Llevóle Inés hacia el templo  
Que en medio la vega yace.  
Enclavado en un madero,  
En duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante,  
Víase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre,  
Á quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes;  
Y haciendo Inés que Martínez  
Los sagrados pies tocase,  
Preguntóle:

—Diego, ¿juras  
Á tu vuelta desposarme?—  
Contestó el mozo:

—¡Sí juro!—  
Y ambos del templo se salen.







Preguntóle:

—Diego, ¿juras

A tu vuelta desposarme?—

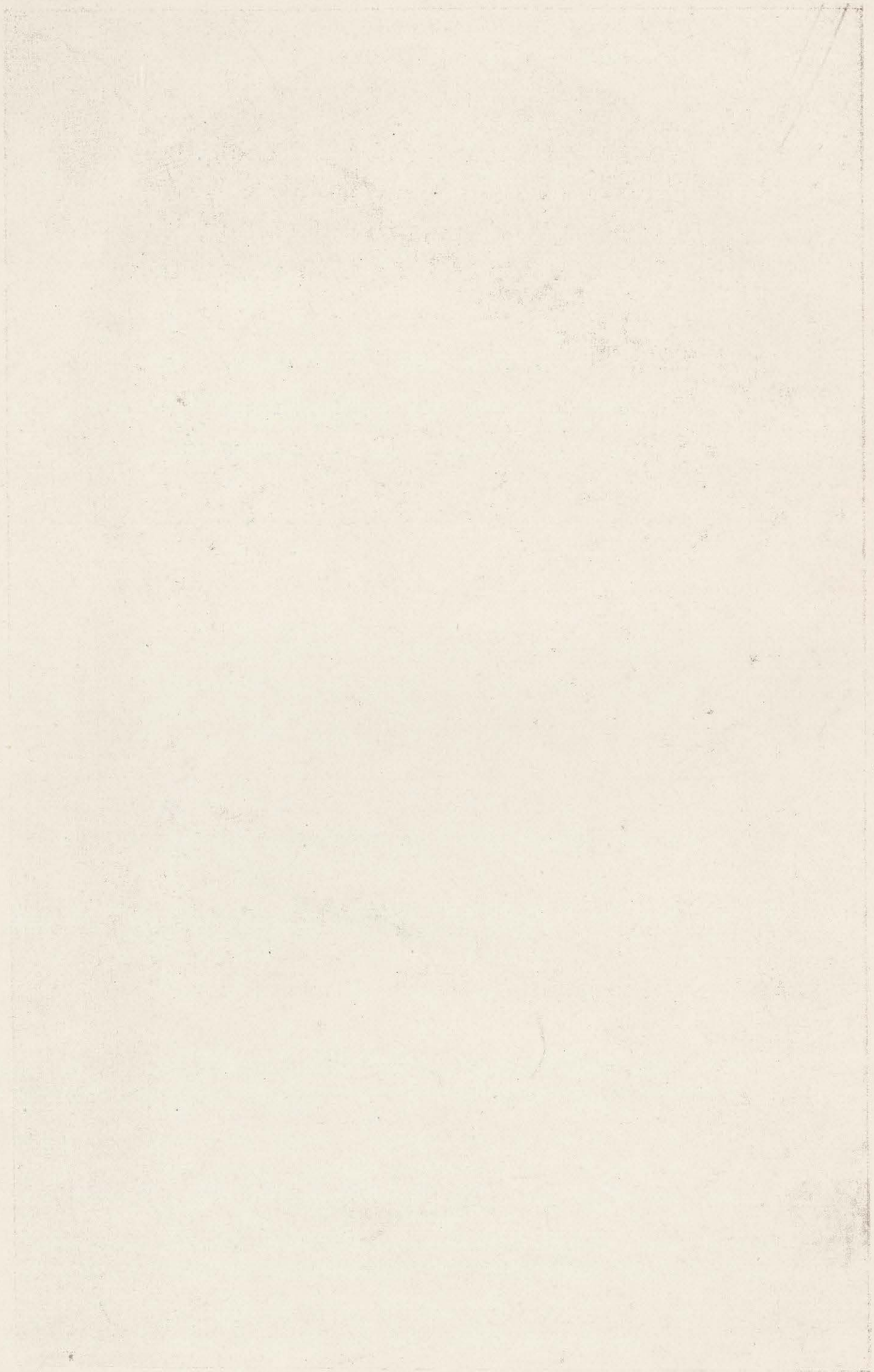
Contestó el mozo:

— ¡Sí juro!—

Y ambos del templo se salen.

(*A buen juez mejor testigo*, pág. 196.)





Faint, illegible text located at the bottom center of the page, possibly a signature or a small block of text.





### III

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y un año pasado había,  
Mas de Flandes no volvía  
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés  
Su vuelta aguardando en vano,  
Oraba un mes y otro mes  
Del crucifijo á los pies  
Do puso el galán su mano.



Todas las tardes venía  
Después de traspuesto el sol,  
Y á Dios llorando pedía  
La vuelta del español,  
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,  
Sin dueña y sin escudero,  
En un manto una mujer  
El campo salía á ver  
Al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume  
Su existencia en esperar!  
¡Ay del triste que presume  
Que el duelo con que él se abrume  
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
Precioso y funesto dón,  
Pues los amantes desvelos  
Cambian la esperanza en celos  
Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera  
Es un consuelo en verdad,  
Pero siendo una quimera  
En tan frágil realidad  
Quien espera desespera.



Así Inés desesperaba  
Sin acabar de esperar,  
Y su tez se marchitaba,  
Y su llanto se secaba  
Para volver á brotar.

En vano á su confesor  
Pidió remedio ó consejo  
Para aliviar su dolor;  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía  
Llorosa y desconsolada;  
El padre no respondía,  
Que la lengua le tenía  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
Callando el padre severo  
Y suspirando la bella,  
Porque nació mujer ella,  
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
En esperar y gemir,  
Y las guerras acabaron,  
Y los de Flandes tornaron  
Á sus tierras á vivir.



Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y el tercer año corría;  
Diego á Flandes se partió,  
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;  
Doraba el sol de Occidente  
Del Tajo la vega amena,  
Y apoyada en una almena  
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
Las riberas azotando  
Bajo las murallas solas,  
Musgo, espigas y amapolas  
Ligeramente doblando.

Algún olmo, que escondido  
Creció entre la hierba blanda,  
Sobre las aguas tendido  
Se reflejaba perdido  
En su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
Entre su fresca espesura  
Daba al aire embalsamado  
Su cántico regalado  
Desde la enramada obscura.



Y algún pez, con cien colores  
Tornasolada la escama,  
Saltaba á besar las flores,  
Que exhalan gratos olores  
Á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
El torreón se dibuja  
Como el contorno redondo  
Del hueco sombrío y hondo  
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
El rigor de su fortuna,  
Y así la tarde pasaba  
Y al horizonte trepaba  
La consoladora luna.

Á lo lejos, por el llano,  
En confuso remolino  
Vió de hombres tropel lejano  
Que en pardo polvo liviano  
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
Y, llegando recelosa  
Á las puertas del Cambrón,  
Sintió latir zozobrosa  
Más inquieto el corazón.



Tan galán como altanero  
Dejó ver la escasa luz  
Por bajo el arco primero  
Un hidalgo caballero  
En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,  
Banda azul, lazo en la hombrera,  
Y sin pluma al diestro lado  
El sombrero derribado  
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
Bota de ante, espuela de oro,  
Hierro al cinto suspendido,  
Y á una cadena prendido  
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete  
Sobre potros jerezanos  
De lanceros hasta siete,  
Y en adarga y coselete  
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,  
Gritando: «¡Diego, eres tú!»  
Y él, viéndola de través,  
Dijo: «¡Voto á Belcebú,  
Que no me acuerdo quién es!»



Dió la triste un alarido  
Tal respuesta al escuchar,  
Y á poco perdió el sentido,  
Sin que más voz ni gemido  
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,  
Encomendóla á su gente,  
Diciendo: «¡Malditas viejas  
Que á las mozas malamente  
Enloquecen con consejas!»

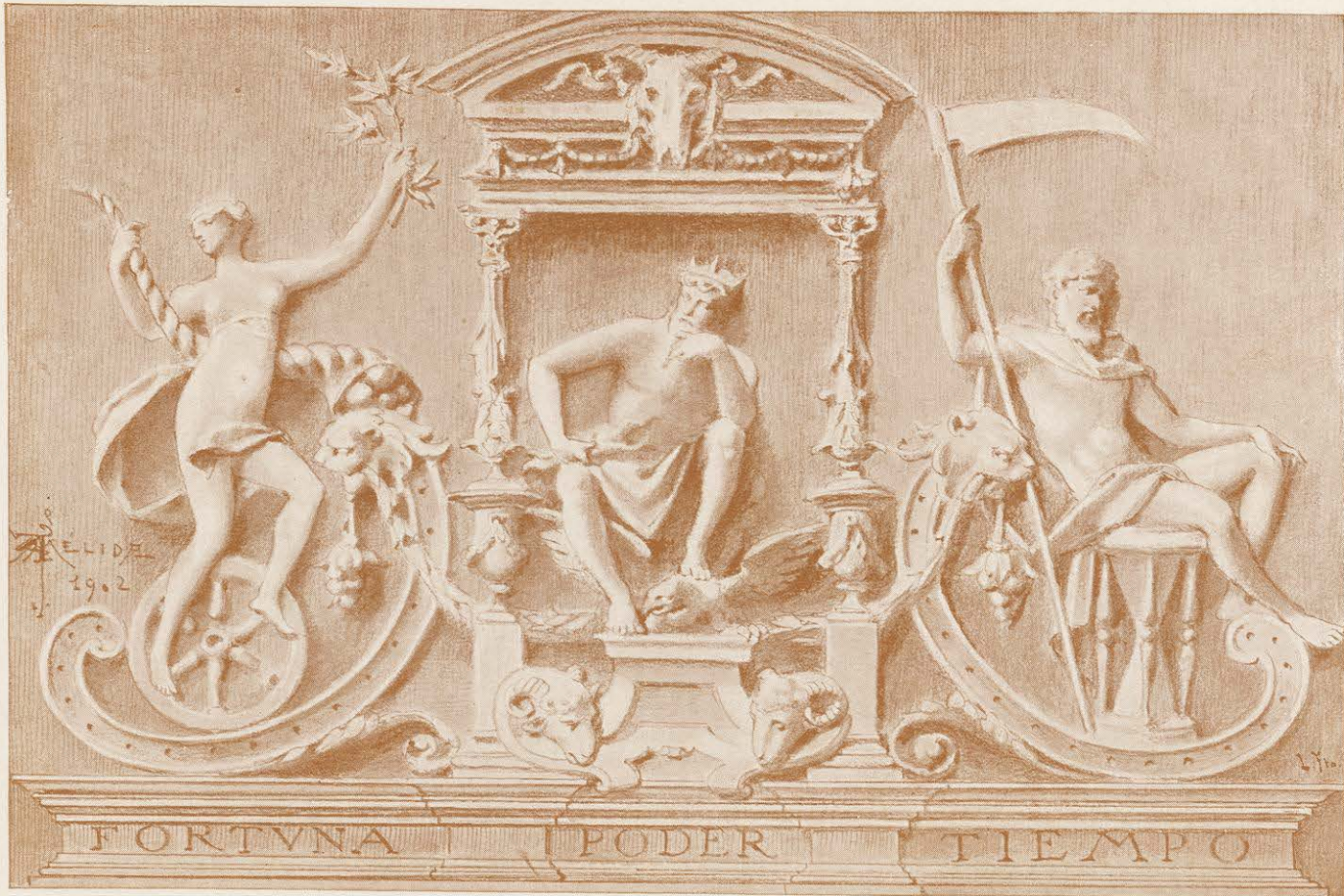
Y aplicando el capitán  
Á su potro las espuelas,  
El rostro á Toledo dan,  
Y á trote cruzando van  
Las obscuras callejuelas.











#### IV

Así por sus altos fines  
Dispone y permite el cielo  
Que puedan mudar al hombre  
Fortuna, poder y tiempo.  
Á Flandes partió Martínez  
De soldado aventurero,  
Y por su suerte y hazañas  
Allí capitán le hicieron.  
Según alzaba en honores  
Alzábase en pensamientos,  
Y tanto ayudó en la guerra  
Con su valor y altos hechos,



Que el mismo Rey á su vuelta  
Le armó en Madrid caballero,  
Tomándole á su servicio  
Por capitán de lanceros.  
Y otro no fué que Martínez  
Quien há poco entró en Toledo  
Tan orgulloso y ufano  
Cual salió humilde y pequeño.  
Ni es otro á quien se dirige,  
Cobrado el conocimiento,  
La amorosa Inés de Vargas,  
Que vive por él muriendo.  
Mas él, que olvidando todo  
Olvidó su nombre mesmo,  
Puesto que Diego Martínez  
Es el capitán Don Diego,  
Ni se ablanda á sus caricias.  
Ni cura de sus lamentos,  
Diciendo que son locuras  
De gentes de poco seso;  
Que ni él prometió casarse,  
Ni pensó jamás en ello.  
¡Tanto mudan á los hombres  
Fortuna, poder y tiempo!  
En vano porfiaba Inés  
Con amenazas y ruegos;  
Cuanto más ella importuna  
Está Martínez severo.  
Abrazada á sus rodillas,  
Enmarañado el cabello,  
La hermosa niña lloraba  
Prosternada por el suelo.

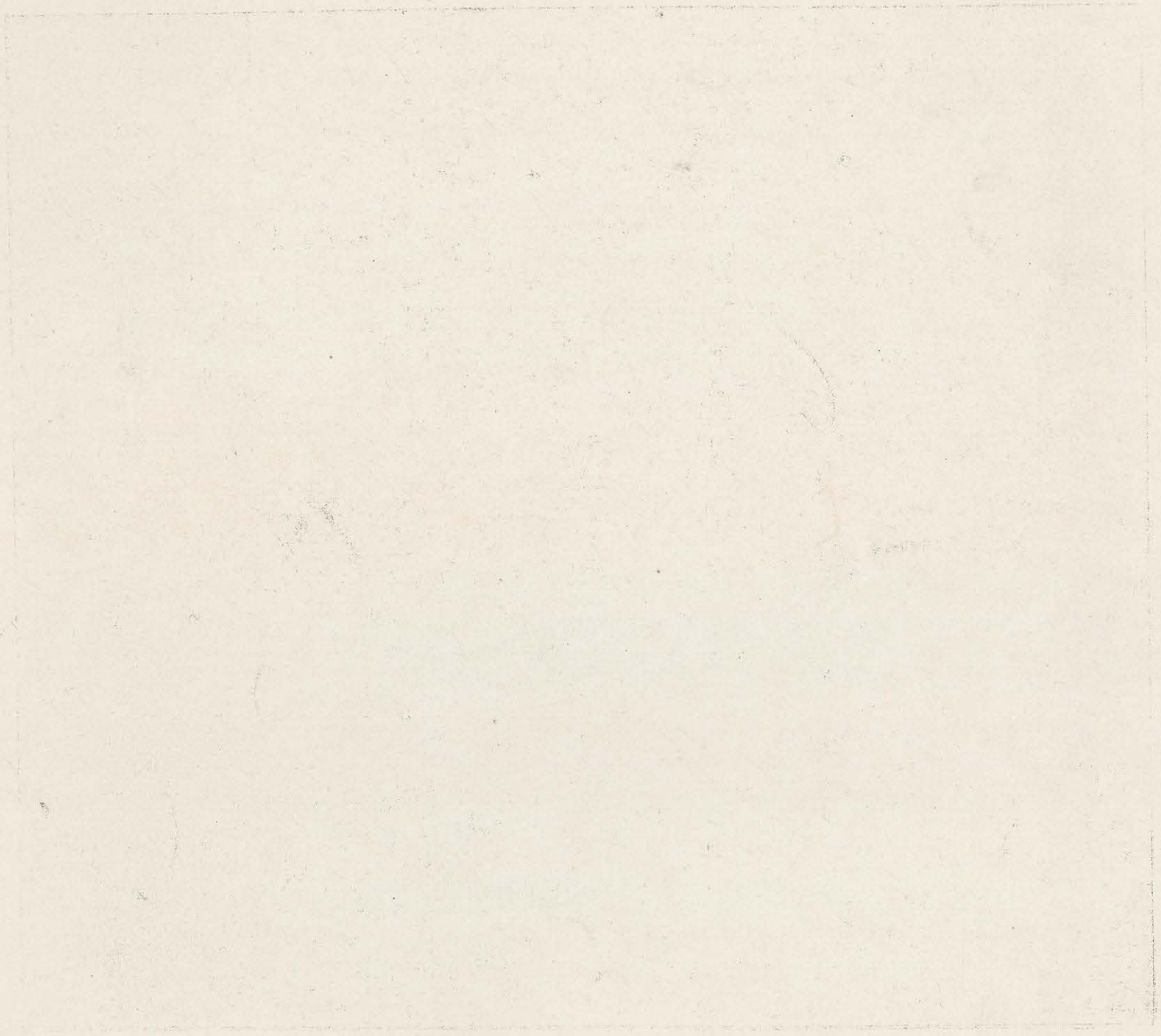




Y así llamando á su gente,  
De amor y piedad ajeno  
Mandóles que á Inés llevaran  
De grado ó de valimiento.

*(A buen juez mejor testigo, pág. 207.)*



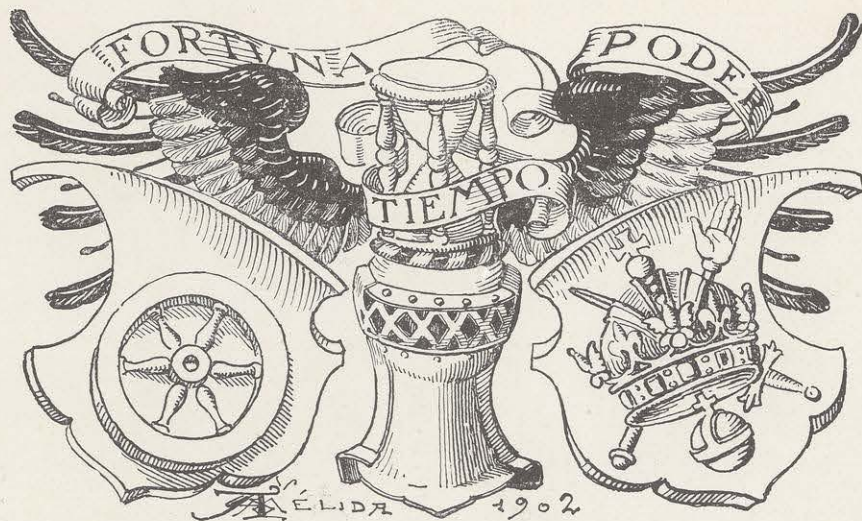


THE UNIVERSITY OF  
MICHIGAN LIBRARY  
SERIALS ACQUISITION  
300 N ZEEB RD  
ANN ARBOR MI 48106-1500



Mas todo empeño es inútil,  
Porque el capitán Don Diego  
No ha ser Diego Martínez  
Como lo era en otro tiempo.  
Y así llamando á su gente,  
De amor y piedad ajeno  
Mandóles que á Inés llevaran  
De grado ó de valimiento.  
Mas ella antes que la asieran  
Cesando un punto en su duelo,  
Así habló, el rostro lloroso  
Hacia Martínez volviendo:  
«Contigo se fué mi honra,  
Conmigo tu juramento;  
Pues buenas prendas son ambas,  
En buen fiel las pesaremos.»

Y la faz descolorida  
En la mantilla envolviendo,  
Á pasos desatentados  
Salióse del aposento.











## V

Era entonces de Toledo  
Por el Rey gobernador  
El justiciero y valiente  
Don Pedro Ruiz de Alarcón.  
Muchos años por su patria  
El buen viejo peleó;  
Cercenado tiene un brazo,  
Mas entero el corazón.  
La mesa tiene delante,  
Los jueces en derredor,  
Los corchetes á la puerta  
Y en la derecha el bastón.



Está como presidente  
Del tribunal superior  
Entre un dosel y una alfombra  
Reclinado en un sillón,  
Escuchando con paciencia  
La casi asmática voz  
Con que un tétrico escribano  
Solfea una apelación.  
Los asistentes bostezan  
Al murmullo arrullador;  
Los jueces, medio dormidos,  
Hacen pliegues al ropón;  
Los escribanos repasan  
Sus pergaminos al sol.  
Los corchetes á una moza  
Guiñan en un corredor,  
Y abajo en Zocodover  
Gritan en discordes sones  
Los que en el mercado venden  
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
En faz de grande aflicción,  
Rojos de llorar los ojos,  
Ronca de gemir la voz,  
Suelto el cabello y el manto,  
Tomó plaza en el salón,  
Diciendo á gritos: «¡Justicia,  
Jueces; justicia, señor!—  
Y á los pies se arroja humilde  
De Don Pedro de Alarcón,  
En tanto que los curiosos  
Se agitan alrededor.



Alzóla cortés Don Pedro,  
Calmando la confusión  
Y el tumultuoso murmullo  
Que esta escena ocasionó,  
Diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—Sí, ¡por Dios!

Que al partirse de Toledo

Un juramento empenó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró.»

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando



El tapiz, en alta voz

Dijo: «El capitán Don Diego.»

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán Don Diego—

Díjole Don Pedro—vos?—

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis á esta muchacha?

—Há tres años, salvo error.

—¿Hicísteisla juramento

De ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés, llorando

De despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme, gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.



¡Llamadle otra vez, señor!  
Volvió el capitán Don Diego,  
Sentóse Ruiz de Alarcón,  
La multitud aquietóse  
Y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo á quien nunca  
Faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos  
Nuestras palabras oyó  
Mirádonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio  
Donde há tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,  
Á cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces  
Al nombre del Redentor,  
Escuchando con asombro  
Tan excelsa apelación.  
Reinó un profundo silencio  
De sorpresa y de pavor,  
Y Diego bajó los ojos  
De vergüenza y confusión.  
Un instante con los jueces  
Don Pedro en secreto habló,  
Y levantóse diciendo  
Con respetuosa voz:



«La ley es ley para todos;  
Tu testigo es el mejor,  
Mas para tales testigos  
No hay más tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos;  
Escribano, al caer el sol  
Al CRISTO que está en la vega  
Tomaréis declaración.»







## VI

Es una tarde serena  
Cuya luz tornasolada  
Del purpurino horizonte  
Blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
Sus hojas plegando exhalan,  
Y el céfiro entre perfumes  
Mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
Con suave rumor las aguas,  
Y las aves en la orilla  
Despidiendo al día cantan.



Allá por el *Miradero*,  
Por el Cambrón y Visagra  
Confuso tropel de gente  
Del Tajo á la vega baja.  
Vienen delante Don Pedro  
De Alarcón, Ibán de Vargas,  
Su hija Inés, los escribanos,  
Los corchetes y los guardias;  
Y detrás monjes, hidalgos,  
Moza, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
En la vega les aguarda,  
Y cada cual comentando  
El caso según le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
En apostura bizarra,  
Calzadas espuelas de oro,  
Valona de encaje blanca,  
Bigote á la borgoñesa,  
Melena desmelenada,  
El sombrero guarnecido  
Con cuatro lazos de plata,  
Un pie delante del otro,  
Y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos de reajo  
Le miran de entre las capas,  
Los chicos al uniforme  
Y las mozas á la cara.  
Llegado el Gobernador  
Y gente que le acompaña,  
Entraron todos al claustro  
Que iglesia y patio separa.



Encendieron ante el CRISTO  
Cuatro cirios y una lámpara,  
Y de hinojos un momento  
Oraron allí en voz baja.

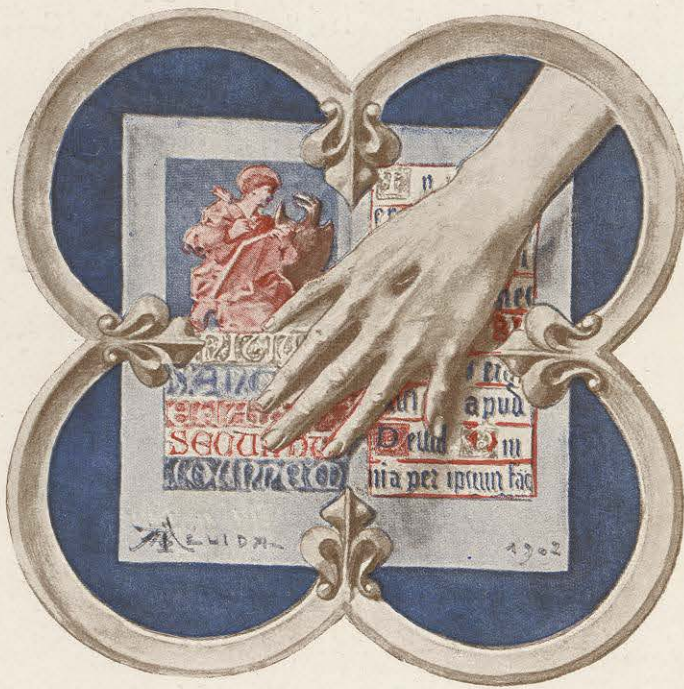
Está el CRISTO de la Vega  
La cruz en tierra posada,  
Los pies alzados del suelo  
Poco menos de una vara;  
Hacia la severa imagen  
Un notario se adelanta,  
De modo que con el rostro  
Al pecho santo llegaba.  
Á un lado tiene á Martínez,  
Á otro lado á Inés de Vargas,  
Detrás al Gobernador  
Con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
La acusación entablada,  
El notario á Jesucristo  
Así demandó en voz alta:

*« Jesús, Hijo de María,  
Ante nos esta mañana  
Citado como testigo  
Por boca de Inés de Vargas,  
¿Juráis ser cierto que un día  
Á vuestras divinas plantas  
Juró á Inés Diego Martínez  
Por su mujer desposarla? »*

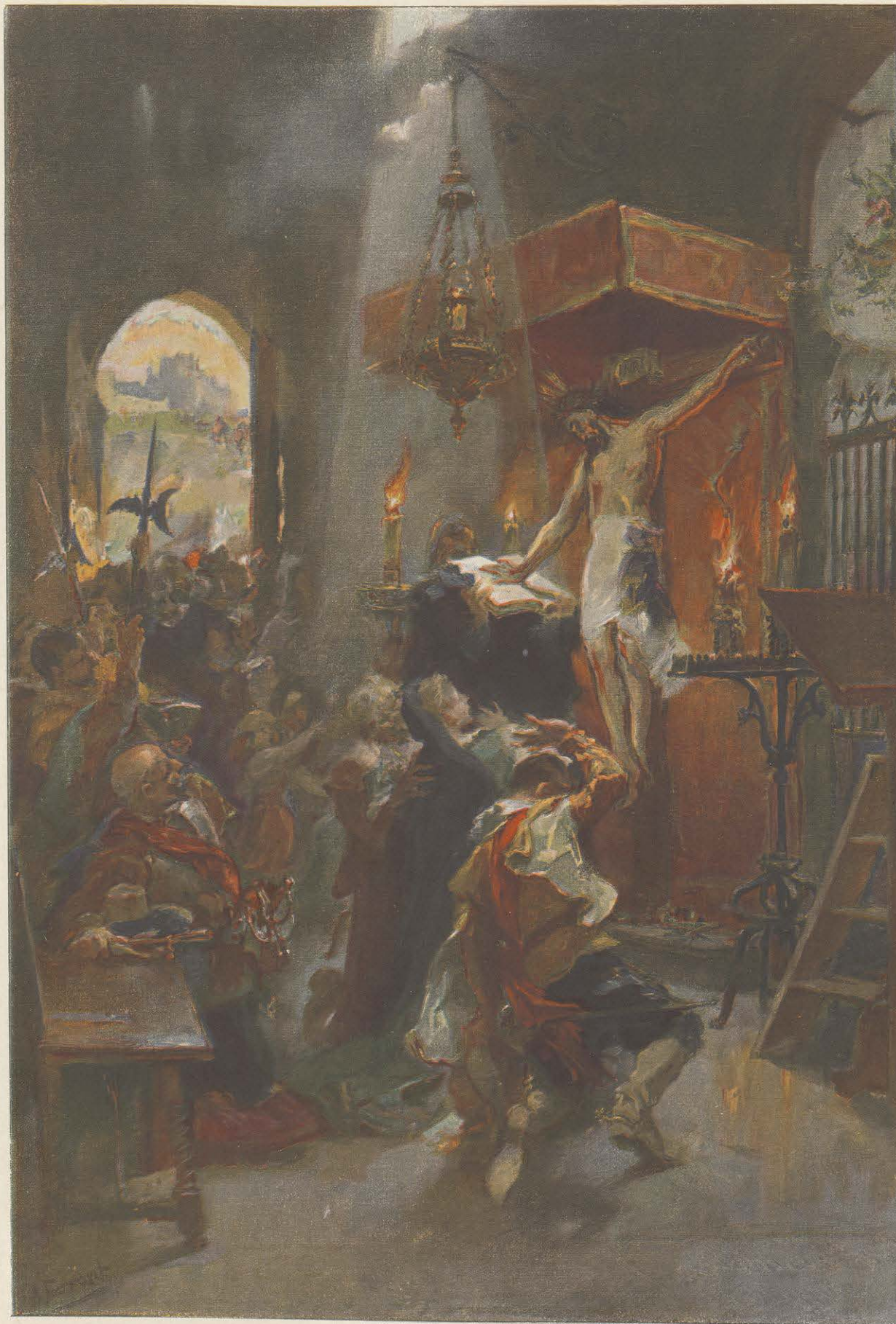
Asida á un brazo desnudo  
Una mano atarazada  
Vino á posar en los autos



La seca y hendida palma,  
Y allá en los aires—¡SÍ JURO!—  
Clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
La vista á la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos,  
Y una mano desclavada.







Y allá en los aires — ¡ Sí juro! —  
Clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
La vista á la imagen Santa....  
Los labios tenía abiertos,  
Y una mano desclavada.

*(A buen juez mejor testigo, pág. 218.)*









## CONCLUSIÓN

---

Las vanidades del mundo  
Renunció allí mismo Inés,  
Y espantado de sí propio  
Diego Martínez también.  
Los escribanos temblando  
Dieron de esta escena fe,  
Firmando como testigos  
Cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
Y una capilla con él,



Y Don Pedro de Alarcón  
El altar ordenó hacer,  
Donde hasta el tiempo que corre,  
Y en cada un año una vez,  
Con la mano desclavada  
El crucifijo se ve.

